

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

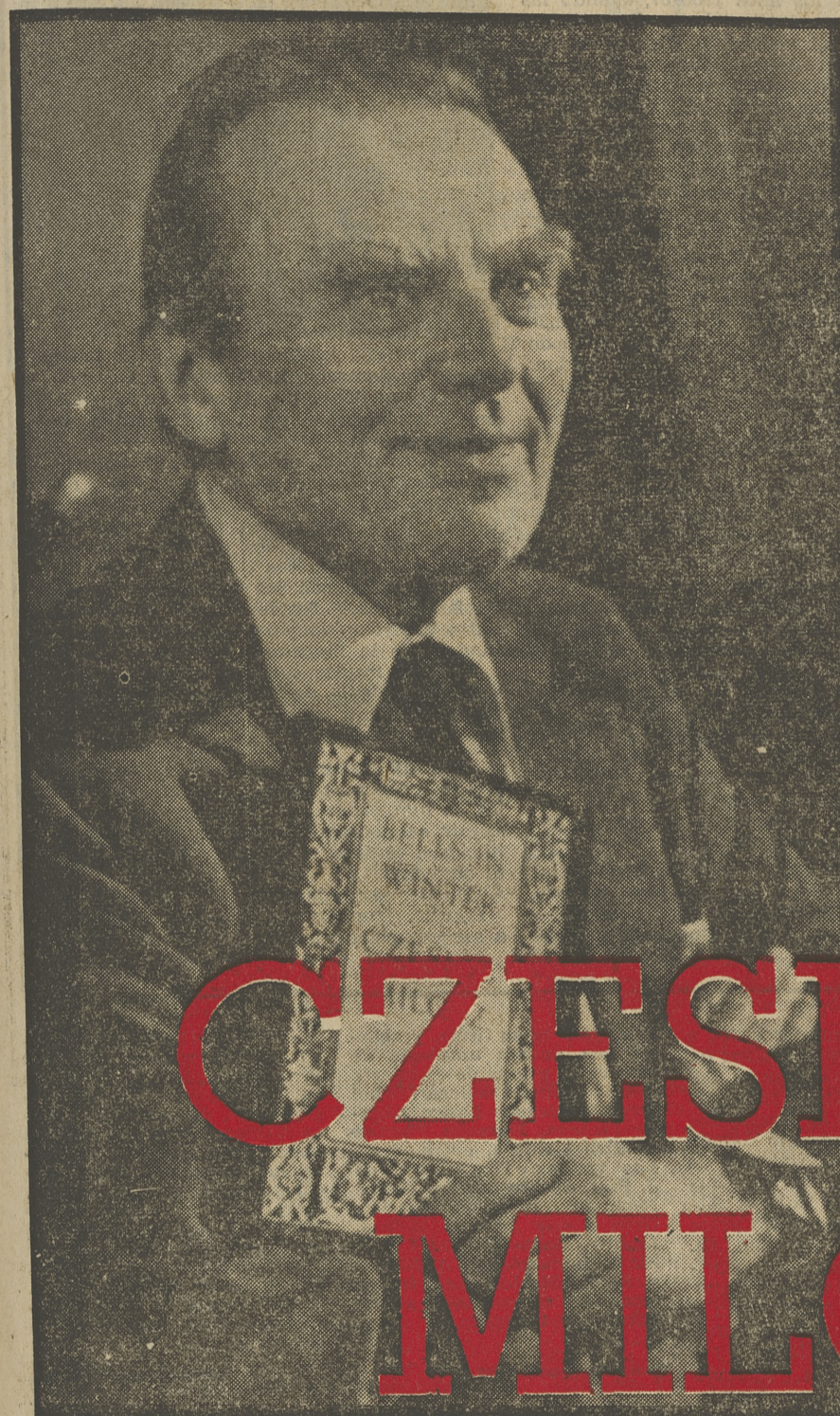
TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 11 de octubre
de 1980

A LA BUSCA DEL GLORIOSO DESCONOCIDO



CZESLAW MILOSZ

A pintoresca y, por otra parte, emocionante búsqueda —nosotros hemos pasado por ella— de conocedores del flamante premio Nobel, Czeslaw Milosz, ha rayado en extremos increíbles. ¿Quién lo conoce? A los que tenemos un punto de claridad se nos ocurrió pensar en el muy conocido homónimo lituano, del que, más o menos sabemos algo. En este pintoresquismo hay que destacar las declaraciones del muy querido Juan Carlos Onetti. Dice el uruguayo que lo leyó cuando era joven, a los veinticinco años. Resulta que el premio Nobel (también Onetti tendría méritos para el galardón sueco) es, no muchacho, pero un poco más joven que el autor de «El astillero».

No, Juan Carlos, sólo se sabe, en castellano, de una pequeña dedicatoria mejicana. Naturalmente que a través del francés y especialmente del inglés ha podido llegar a muchos lectores. Entre los de nuestra lengua habla Vargas Llosa y, al

parecer, con conocimiento. Hablan los que han manejado resúmenes polacos y ensayos globales acerca de la literatura europea de los últimos años. Nada entre dos platos. ¿Para qué vamos a presumir?

Al que más y al que menos se nos ocurre pensar en el evento polaco anticomunista de estos últimos tiempos (desde el Papa a los sindicatos) y al que tal vez el Nobel no sea ajeno. Contrarreforma que, quién sabe, la Academia sueca, a su manera tan politizada, ha percibido en el ambiente. Sabemos que aquella institución llegó a estimar tanto lo político como para otorgar el glorioso palmarés al Churchill vencedor de la última guerra, escritor del que nada se recuerda, sino sus indigestas memorias y algunos artículos con cierto gracejo, semblanzas y ensayitos de menor cuantía. Mas, sospechamos, con todo, que la Academia sueca no se ha equivocado ahora. Si no ha tenido el valor de decidirse por Borges, ni siquiera por Graham Green —el comunista Alberti, una vez premiado Neruda, quedaba «ad calendas graecas»—, quizá venía bien, una vez más, buscar al exiliado. De algo así se benefició en su momento nuestro inconmensurable Juan Ra-

món. No sabemos quién decía esperar que, por fuerza, en bien de la extensibilidad del Nobel, este año le tocaba a un chino cualquiera. No; el premio ha sido para un poeta, un ensayista, un novelista de primera magnitud. Un polaco que anda sin ganas de publicidad, explicando pausadamente en una Universidad norteamericana. Es emocionante que «ABC» nos dé unos poemas por traducción del clérigo, escritor, novelista y poeta en otros tiempos Martín Descalzo. ¿Dónde halló los textos y en qué idioma? Valga y es de agradecer el esfuerzo informativo. Esperemos aclararnos en los próximos días.

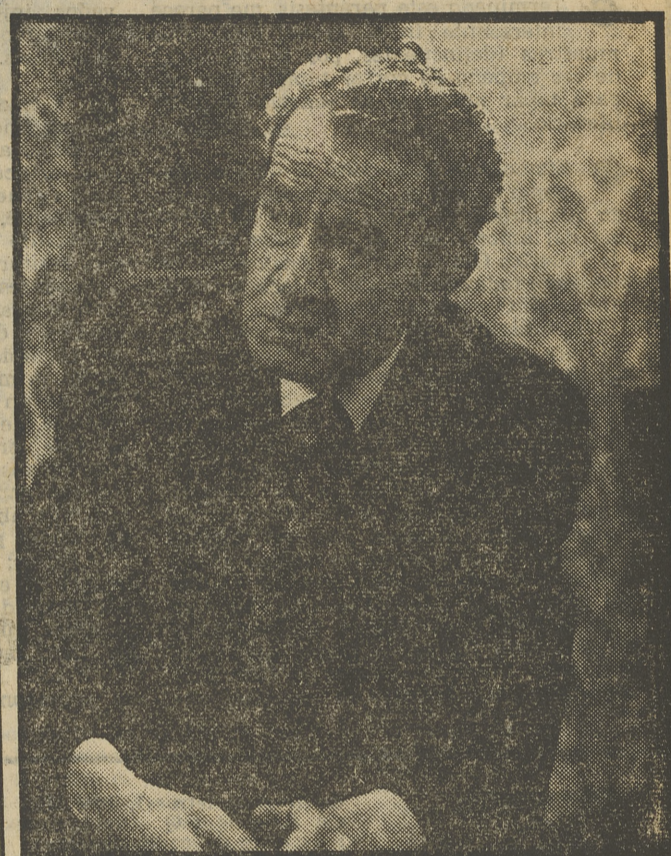
Una anécdota; En la mañana de ayer se hablaba del asunto en los pasillos de lo que antes llamábamos por mejor nombre Cultura Hispánica y hoy se denomina Centro Iberoamericano de Cooperación. Nadie había oído hablar del nuevo Nobel. Sólo el cubano —excepcional poeta y abrumador erudito en cuestiones literarias— Gastón Baquero conocía de pe a pa la obra de Milosz. «El País» se ha encontrado en la obligación de editorializar que ni idea. No seamos pacatos. A quien se le hubiera ocurrido esperar un chino no le faltaba alguna razón. Chino o neozelandés. Lo que ocurre es que la sueca institución no se mueve más allá de las culturas tradicionales, y aún así tiene problemas con las lenguas —algu-

nas veces resuelto— minoritarias. Recordemos que alguna vez se pensó en Salvador Espríu —y no prosperó la cosa—. La iniciativa fundadora nunca pudo pensar en la actual dimensión planetaria. De lo contrario el jurado no sería restricto, sino universal. ¡Pensar que para que Alexandre pudiera ser premiado hubo de ser traducido al sueco!

Todo coincide en proclamar a Czeslaw Milosz como un escritor singular. Que sea católico, poeta antinazi y de difícil interpretación pudo favorecerle. La Academia sueca es, en este punto, como la nave de Pedro, una navegación en el mundo actual, situadora de dificultades procelas. Puede que esta vez ambas proas hayan coincidido. Igual sería lo contrario. Esperemos saber algo más, como decíamos; leer algo de éste, sin duda, gran escritor que se asomó a nosotros hace cerca de treinta años merced a la traducción de una novela suya, «El poder cambió de manos», por hazaña de nuestro muy querido y llorado traductor y crítico Rafael Vázquez Zamora, a quien con este motivo rendimos homenaje.

D. S.

XXV aniversario del "Pedro Páramo", de Juan Rulfo



UN homenaje nacional se le ha tributado a Juan Rulfo en su país, México, al cumplirse el veinticinco aniversario de la publicación de su novela «Pedro Páramo». Transcribimos la nota con que Emmanuel Carballo se refiere a su figura en el libro «Narrativa mexicana de hoy» (Alianza Editorial): «Juan Rulfo nació en Seyula, Jalisco, el año 1918. Taciturno, de pocas y agrias palabras, dueño de una fértil y clausurada vida interior, implacable crítico de sí mismo, Rulfo es un enigma en movimiento, un narrador terriblemente elemental y angustiosamente complicado. Su obra breve y magnífica cierra un período de nuestras letras (el de la novela rural) y apunta hacia una nueva etapa en el arte de novelar. En «Pedro Páramo» deja atrás el subdesarrollo e incide en la novela de hoy, aquí y todos los lugares. El suyo es un mundo en el que las apariencias ceden sitio a las esencias, en el que el costumbrismo y el folklore mueren para dar vida perdurable a unas cuantas radiografías exactas que tienen que ver con el amor y la muerte, la soledad y la incomunicación, el feudalismo y sus peligros adyacentes, la reforma agraria y sus males necesarios. Su obra es algo así como la crónica alucinada de un naufragio.» Se podrían ir obteniendo opiniones en términos de la mayor exaltación de este escritor, autor de un puñado de cuentos, «El llano en llamas» (1953) y una única no-

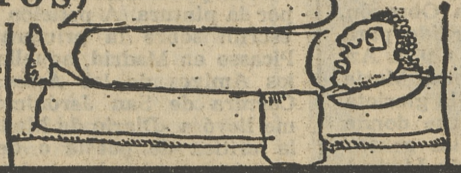
vela, «Pedro Páramo» (1955) que, a pesar de algún que otro anuncio de una tercera obra, permanece silencioso asistiendo el triunfo mundial de su novela, al desarrollo de toda una nueva narrativa hispanoamericana que viene detrás de él. Pese a esos rasgos de acritud con que Carballo define su reservada actitud, nosotros le vimos el pasado año en el Congreso de Las Palmas con un talante complaciente, seguramente en la conciencia de que, siendo allí el escritor más famoso de todos los reunidos, debiera de comportarse haccedero y servicial a efectos de una buena convivencia colegial entre todos los escritores de la lengua castellana, por primera vez allí representados, y el más fácil cumplimiento de la tarea de los informadores de aquella reunión. Rulfo ha estado recientemente en España con motivo de los coloquios salmantinos, organizados por la radio y la televisión mexicana, para estudiar el uso más eficaz y correcto de nuestro idioma en los medios informativos, y anteriormente, como jurado del desaparecido premio Biblioteca Breve, de novela que fundara Carlos Barral. Nos unimos desde aquí al homenaje de su país con todo lo que en estas columnas hemos escrito sobre él y ofreciéndole lo que seguramente seguiremos escribiendo, publique o no un nuevo libro, ya que con sus cuentos y con «Pedro Páramo» hay motivo inacabable, descubrimientos que todavía han de sorprender.

CUADERNO

de seis días



Por DAMASO SANTOS



Ana María Navales

ANTOLOGIA DE NARRADORES ARAGONESES CONTEMPORANEOS



EDICIONES R. DE HERALDO DE ARAGON S. ZA. RAGOZA S. 1980

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO, EN LA PLENITUD DEL OFICIO



«REVISTA DE OCCIDENTE» NUM. 2.—Todavía lejos del gran estilo y de la vista de lince que le confirió José Ortega y Gasset, la nueva etapa de «Revista de Occidente» va afianzándose. Destacan en este ejemplar los artículos de Julio Caro Baroja sobre el tiempo en antropología, de Walter Laqueur sobre el terrorismo, de Javier Sádaba sobre el ateísmo en la vida cotidiana y de José Antonio Nieto sobre la fiesta y sus funerales. Floja la visión de la nueva filosofía a cargo de Thomas Sheehan. En la sección de notas escriben Celia Amorós (sobre Sartre), Elías Díaz (sobre Francisco de los Ríos), Rafa Chirbes (sobre Graham Greene), Antonio Lara (sobre cine) y J. E. Rodríguez Ibáñez (sobre el poder de los intelectuales). Una comedia de Corpus Barga, «Los pies», y las habituales secciones de libros y discos completan el número.

«REVISTA «ENCUENTROS» NUMERO 1.—El taller literario del Club Puente Cultural se ha decidido a lanzar una revista de creación literaria para dar oportunidades a escritores y dibujantes inéditos. Los relatos breves y menos breves de esta primera entrega se deben a: P. Gutiérrez, Dolores González, Javier Triana, Antonio Rubio, Miguel Domingo, Martín González, Fuensanta Salvador, J. L. Martorell, L. M. Rodríguez Raúl Mota, Máximo Fernández y Fernán Barba. Los dibujos a: Lancelot du Lac, Hedoné, Gonher, Carlos Jiménez y Taidú.

«LETRAS».—Nos llega con cierto retraso este ejemplar veraniego de esta autodenominada «hoja literaria de información y crítica», editada en Valencia, con artículos de Jenaro Talens sobre la narrativa de MacDonald, Joseph Luis Seguí sobre Graham Greene, José Luis Jover, que examina las tendencias últimas de la poesía española, José Vicente Selma sobre la literatura de aventuras, Julio A. Mániz que habla de Henry Miller, José Cardona sobre temas de ciencia-ficción y Alberto Cardín con un apunte sobre Larrea. Además, abundosas secciones de bibliografía y noticias literarias.

«DESCUBRIR ESPAÑA». Revista editada por la Dirección General de Promoción del Turismo. Un buen nivel medio, merced a los colaboradores seleccionados y a la diagramación, el de este número 6 de la revista. Artículos de Eduardo Delgado sobre el barrio antiguo de Cáceres, Luis Matías sobre la costa almeriense, Rafael Aguirre Franco sobre la pelota vasca, Victoriano Crémér sobre la catedral de León, Pedro Altaras sobre el palacio de La Granja, Jesús Vasallo sobre Santiago de Compostela, Juan Torres sobre el museo Salzillo de Murcia, Carmen Nonell sobre el valle de Arán, Gonzalo A. Sol Liano sobre el arte del asado y Angel Bellido sobre la cerámica de El Puente del Arzobispo.

«EL VIEJO TOPO» EXTRA. Bajo el título general de «Masculino, Femenino», la revista barcelonesa nos ofrece una ampliación monográfica sobre temas que habitualmente vienen preocupándole. Mayor incidencia de artículos sobre la femineidad que sobre la masculinidad —síntoma de desequilibrio que ha sido subsanado con la traducción de materiales de la revista «Recherches» acerca del varón—. En el ejemplar han colaborado José Vicent Marqués, Emper Pineda, Amelia Valcárcel, Celia Amorós, Genoveva Rojo, Gerard Imbert, grupo de hombres, Jean Bandenesch Gilles Bienvenu y J. Michel Hirt, Aurelio Santisteban, Luz Rodríguez, Alejandra Ferrándiz y Vicente Verdú.

ANA MARIA NAVALES, CON SUS NARRADORES ARAGONESES

HACE dos años publicaba Ana María Navales una antología de la poesía contemporánea aragonesa. Ahora, «Antología de narradores contemporáneos» (Ediciones de Heraldo de Aragón). Nada de localismo constrictivo o simulador en ambos casos. Unos cuantos nombres gloriosos dio Aragón a la poesía del siglo de Oro. En la narrativa solamente el dudoso caso de Gracián. Nada importante —previa narrativa— en el romanticismo, estrechez en el costumbrismo regionalista. Es en este siglo cuando, primero, novelistas —Sender, Jarnés— y más tarde poetas —Ildefonso Manuel Gil, Manuel Pinillos, Miguel Labordeta— empiezan a figurar en los cuadros generacionales. Difícil hablar —aunque haya rasgos importantísimos de carácter que aparecen en Molinos, Gracián, Goya, Braulio Foz y Moneva, por ejemplo— de una cultura aragonesa independiente.

MONEVA hablaba de que el moralismo, el judicialismo y el escueto realismo aragonés cortaban los vuelos de la imaginación. Tal determinación parece rota en nuestros días y en cualquier caso, entre los frutos habidos podemos encontrar en cada época (véanse, por ejemplo, los trabajos de Ildefonso Manuel Gil y Manuel Alvar sobre la obra de Mor de Fuente, y el de Ynduráin sobre el «Pedro Saputo», de Braulio Foz) valores literarios del más amplio espectro entre los que hay que incluir algunos de cierta especificidad regional. Ana María Navales en sustancioso estudio preliminar perfila toda la historia de la narrativa aragonesa y muy especialmente la que es objeto de su antología, la producida desde la guerra acá. Sigue sin ser abundante —en la lírica el cuadro era mucho mayor o más consistente—, pero ciertamente importante, aunque se hayan dado casos en que la muerte y la lejanía provinciana hayan frustrado algo verdaderamente original como en Manuel Derqui y Eduardo Valdivia. También es preciso anotar que entre estos narradores elegidos —treinta nombres— sin incluir, por grandemente estudiados como tales a Sender y a Jarnés —los hay que son más conocidos o brillaron más en otros campos— o tienden a equilibrarse en varios —como en ella misma— sin que por ello deje de tener interés, tanto si pertenecen al trabajo de una larga vida como el recientemente desaparecido Camón Aznar, como si se trata del comienzo de una aventura literaria como en José Luis Alegre Cudós. Nombres hay desaparecidos, tras un gran brillo fugaz, como Carlos Clarimón y otros, cuya estimación no ha rebasado el ámbito local. Los nombres son estos: José Camón Aznar, José María Castro Calvo, Ildefonso Manuel Gil, José Antonio Giménez Arnau, José Giménez Arnau, Santiago Lorén, Marian Arca, Julián Gállego, Rosa María Aranda, Rosa María Cajal, Carlos Clarimón, José-Vicente Torrente, Manuel Derqui, Pedro Pablo Padilla, Miguel Buñuel, Manuel Berdún Torres, Ramón Gil Novales, Eduardo Valdivia, Luisa Llagostera, Javier Tomeo, Alfonso Zapater, Gabriel Bermúdez, Gabriel García-Badell, Ana María Navales, Encarnación Ferré, Alfonso Manuel-Gil, Soledad Puértolas, Luis Carlos Moliner y Luis Alegre Cudós.

La empresa es meritísima. Primero por la solvencia de la antóloga —profesora de letras, ensayista, poetisa y narradora Ana María Navales— y por el servicio que trabajos así representan para el estudio, para el crítico, para el curioso intere-

sado por la variedad y el matiz de la literatura en lengua castellana. Y después por la oportunidad cultural en este momento político español de definición de identidades autonómicas. Lo primero, un registro de existencias valiosas, un ordenamiento, y tras la catalogación, la valoración crítica e histórica o el dato preciso de la configuración personal. Añade algo muy importante Ana María: la muy precisa descripción de la vida literaria zaragozana y regional de cada época, las realizaciones y personalidades que la definen, la vinculación de los autores con ella. Y se percibe también el homenaje para los desaparecidos y de obra plenamente realizada, fraternal compañerismo para quienes ha de ver todos los días y aliento para los nuevos y novedosos. Creo que con Luis Horno Liria, Joaquín Aranda y, desde Barcelona, Juan José Carlos Mainer, en Ana María Navales completa Zaragoza un crupo de críticos activistas de la cultura literaria, junto a otros profesores y creadores que allí viven o que con sus instituciones e iniciativas culturales se relacionan. Se me permitirá un poco de emoción al comprobar en ello la continuación de algo que viví —más en mi provecho que otra cosa— como participante en otra época zaragozana, que Ana María Navales relata, de ese mismo activismo literario y cultural.



EN la poesía de José Agustín Goytisolo no hay solamente el soporte de la preparación literaria del poeta y la inspiración, el tema del momento, sino un oficio bienamado, muy trabajadamente conseguido y una gran voluntad de investigación en el lenguaje, en la expresión que pueda singularizarle. El mismo lo ha dicho últimamente varias veces aludiendo al «artificio» que exige la construcción del poema y del que hace gala en la lectura para sí mismo y la que supone realizándose ante los que le leen. La conciencia del instrumento y de la investigación le ha permitido estudiar y glosar a poetas de todos los tiempos y, últimamente, dedicarse a valorar e interpretar a un poeta como Lezama que había que suponer, en principio, claramente alejado de sus preocupaciones y motivos, tan caracterizadamente testimoniales o «sociales». Mas nunca como ahora en el prólogo y en el texto poético ha mostrado José Agustín la satisfacción y la prueba de una que diríamos asumida e íntegramente vivida profesionalidad. Se trata de «Los pasos del cazador» (Lumen), que ha merecido, después de publicado, el premio Ciudad de Barcelona para poesía en lengua castellana.

Nos dice el poeta que el poemario ha nacido de los apuntes que guardaba, desde hace más de veinte años, en unas carpetas. Eran estos apuntes el reflejo de dos aventuras coincidentes en su prehistoria de poeta: la de anotar en borradores la experiencia de cazador que fuera desde muy temprano y la experiencia lingüística de esa misma aventura ejercitando en clásicos y en modernos, y en las tradiciones populares, su aprendizaje versificador. Nos dice que, por fortuna, no se puso a escribir entonces definitivamente el libro que de allí podía salir. Necesitaba sumar experiencias del lenguaje directo en las andanzas cinegéticas por Castilla la Nueva, Avila, Salamanca, Extremadura, alta Andalucía... y otras muchas instancias poéticas, hasta olvidarlo todo tal vez. Hasta que un día desempolvó los viejos cartapacios y, a plena conciencia del oficio y del tema salieron de aquellos apuntes estas canciones, letrillas, casi jaicús a veces, poemillas de varia factura con el calculadísimo artificio de una ordenación secuencial y una elevación a poesía culta, esencializadora, lo inspirado a menudo en gracias, ocurrencias, estribillos, instancias de sabor popular. Se encontró con que el tema de la caza va unido —y explica certeramente los motivos— al del amor, y profundizando, profundizando al paso de otras meditaciones y prestigiosos discursos filosóficos, se halló con que la caza es además de una búsqueda felicitaría, como toda evasión de lo cotidiano, un hallazgo de la libertad. Hay que pensar en las serranillas, en las diversas formas e intenciones de los cancioneros, pues a todo ello saben estos últimos versos de José Agustín Goytisolo, tanto en la forma como en las puras descripciones, exclamaciones y también en los viajes, énfasis, sobreentendidos y marrullerías del cargado decir; pero también en muy modernas, muy actuales intenciones y criticistas y manierismos distanciadores y emblemáticos, y en la comunicación de los «mass media».

«A Madrigalejo / en busca de garzas / llegó el rey Católico / y aquí terminaba. / Venga; usted no es rey. / En Madrigalejo / cazará bien.» ... «Otras veces de camino / crucé por Almendralejo / y siempre me abrió la chica / su casa y su hermoso huerto.» O lo que comienza: «¿Son muy altos los montes / en Cataluña? / Al tren al tren / que sale al amanecer... Pero más que ejemplos sueltos, el libro vale por su totalidad descriptiva, situacional, emotiva, irónica, liberada y liberadora. Retablo animado —casi narración en conjunto— tallado en buena madera y con todas las destrezas para el relieve, la corpulencia o la miniatura de los bultos o de los escorzos que pueden evocarse con la palabra. ¡Por Dios, que no le hablen de la destrucción del idioma y otras lindes parecidas! Primero dominarle y ya se verá si es posible crear otro más bello y renovador después de destruir el alcanzado. ¡Pues que no cuesta llegar a hacerse con los variadísimos materiales que le componen!

«Los pasos del cazador», una de las claves y además lección magistral de un poeta representativo en la cima de su madurez y cogüelmo vocacional.

Escribe
César Antonio
MOLINA

RICARDO GULLÓN, UN TESTIGO

La personalidad del ensayista y escritor Ricardo Gullón, actualmente profesor en la Universidad de Chicago, es lo suficientemente conocida como para que aquí intentemos cualquier tipo de presentación. El autor de «Conversaciones con Juan Ramón» o «Técnicas de Galdós», de quien es quizá el mayor especialista, ha sido también un testigo excepcional de más de cincuenta años de vida literaria española.

—Su introducción dentro del mundo de la literatura no fue precisamente a través del ensayo o la crítica, sino por la narrativa. Pérez Ferrero, en su día, comentó con gran esperanza su primera novela, «Fin de semana», junto con la de «Hermes en la vía pública», de Antonio de Obregón, y «Uno», de Carranque de Ríos...

—Mi novela «Fin de semana» aparece como una secuela de la «Revista Literatura» y esas ediciones de la Colección Poetas Novelistas Ensayistas. Fue lo primero que escribí. Jarnés me animó, como creo que animaba a toda la gente. Era una novela muy influida por lo que estaba leyendo entonces: Proust, aquel de las viejas ediciones de la «Nouvelle Revue Française» que todavía conservo. También comenzaba a leer a Rilke y esto fue lo que me hizo aprender su lengua. Pero éste no era solamente mi caso; cuando Ortega leyó «Vispera del gozo», de Salinas, que él mismo publicó, hizo un comentario sobre su «proustismo», no en vano Salinas había estado traduciéndolo. Por mi carrera judicial destinado en Soria, escribí «Tiempo de vacaciones», que no llegó a publicarse por la guerra. Al terminar nuestra contienda me parecía floja y superada por otra, finalizada poco antes del inicio de la lucha. En parte fue destruida. «Los días perdidos» ocurría en tres días y se refería al comienzo de una guerra civil financiada por un hombre que claramente era J. March. Por este motivo tuve que destruir numerosas páginas, pero el incidente es un incidente amoroso con un trasfondo político. Eran los amores de un profesor. Durante la guerra me negué a escribir. No hace mucho me preguntaba Sánchez Barbudo por qué no había querido colaborar en «Hora de España», y se lo dije muy claramente: porque cuando empezó la guerra me pareció que no se podía escribir sin aumentar la llama que estaba devorando a este país. Entonces yo no iba a echar ni un trozo más de leña porque lo que creía que había que hacer era pacificar, y a eso dediqué todo mi esfuerzo. Pero terminó la guerra y las depuraciones, las prisiones, etcétera, me dieron mucho ocio, y entonces escribí un cuarto libro. «El destello» es una novela donde cuento un hecho ocurrido en Alicante, se publicó en Santander, en «El viento sur», que dirigía Pablo Beltrán de Heredia, en el año 45-46. En esta colección habían aparecido libros de Marañón

y Julián Marias. Durante esa época escribí algunos cuentos publicados en «Escorial» y otras revistas. Por supuesto que también escribí poesía desde muy joven, pero era muy mala; los últimos poemas que publiqué salieron en una revista de Cádiz llamada «Isla». No he aceptado la idea de publicar en un solo tomo «Fin de semana» y «El destello», los encuentro muy lejos de mí. «El destello» sería una novela anacrónica, no tiene ninguna novedad de estilo, de técnica, sino sencillamente quería contar una historia triste, romántica, sentimental, todo lo que ya no está de moda.

—Usted, por aquella época anterior a la guerra civil, fue uno de los escritores pertenecientes a aquel grupo variopinto, fugaz y no demasiado bien estudiado, que se denominó Nova Novarum.

—Los Nova Novarum eran fundamentalmente en la «Revista de Occidente», Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Francisco Ayala, Rosa Chacel, Pedro Salinas, Valentín Andrés Álvarez, etcétera. No todos publicaron libros en la «Revista de Occidente», pero sí todos publicaron artículos, recensiones. Incluso en edad había considerables diferencias entre ellos, pero todos formaban parte más o menos del grupo que estaba alrededor de Ortega, es decir, son los «orteguianos». Detrás de éstos aparecen otros escritores más jóvenes, Arconada, Antonio de Obregón (tan diferentes el uno del otro). Entonces no lo parecían así porque recuerdo que Arconada escribía libros como «La vida de Greta Garbo» y «Tres cómicos del cine». Todavía no se había convertido en un escritor social. Desde muy pronto se produjo una separación entre los prosistas y los poetas. Había que incluir a Guillermo de Torre, aunque por aquel entonces estaba en la Argentina; es el crítico de este grupo, crítico vocacional que había comenzado escribiendo poesía, «Hélices», y participando del Ultraísmo, de modo que entra en la literatura casi antes que estos otros, pero no escribe novela en ningún caso y estamos aquí hablando de estos escritores, incluso de Salinas, en cuanto novelistas. Novelistas que entonces se llamaban de vanguardia. Pero el acto de prestidigitación que convierte a un grupo de amigos en generación es desde el punto de vista de la política literaria sumamente hábil, aunque desde el punto de vista de la literatura en general no lo sea tanto, porque críticamente todas esas ideas de genera-

ciones han sido extremadamente dañinas. Creo sinceramente que el retraso de la crítica española se debe a esas invenciones de generaciones que usted encuentra por todas partes. Por aquel entonces no conocía a Francisco Ayala, que ha llegado a ser un gran amigo. Con quien tenía más relación era con Jarnés, hombre muy acogedor; en su casa conocí a Obregón, a Agustín Miranda Junco (perdido para la literatura), al poeta Manuel Gil, a Azcoaga. La casa de Jarnés, en Santa María de la Cabeza, con balcón sobre la glorieta de Atocha, era un poco el lugar donde se podían conocer algunas de las gentes que comenzaban. Era un pequeño Madrid de setecientos cincuenta mil habitantes, donde la vida literaria se hacía con facilidad.

DE LA NARRATIVA AL ENSAYO

—¿Cómo y por qué se produjo su de-

dicación primeramente a la crítica y más adelante al ensayo?

—Usted hablaba antes de Pérez Ferrero, y fue precisamente él uno de los responsables de que yo pasara a la crítica. Cuando regresó a España Guillermo de Torre entré en relación con él, con Angel Ferrán y Manuel Abril, por mi entusiasmo por la pintura. A petición de G. de Torre, escribí sobre la primera exposición de Picasso en Madrid, aquella que realizó en los Amigos de las Artes Nuevas, de la Carrera de San Jerónimo. G. de Torre me llevó a «Diario de Madrid» para hacer la crítica de poesía o de ciertos libros cercanos a este género, como, por ejemplo, las novelas de Agustín de Espinosa, que ahora han sido reeditadas. Cuando venía a Madrid iba a la tertulia del León con Juan y Leopoldo Panero, L. F. Vivanco, Rosales, etcétera, Ferrero, que asistía a la de Federico en La Ballena Alegre, algunas veces se paraba en la nuestra. Allí fue donde me pidió que escribiera crítica de

“La idea de “generación” ha sido extremadamente dañina”



Fallado el premio Rafael Morales

Durante el transcurso de una cena celebrada en el restaurante Arcipreste, de Talavera de la Reina, un jurado compuesto por los poetas José Hierro, Eladio Caballero, Joaquín Benito de Lucas y Jacinto López Gorgé y el delegado de Cultura del Ayuntamiento de Talavera, Gregorio Gómez Valdivieso, que ostentaba la representación del alcalde, ha hecho público el fallo del V Premio de Poesía Rafael Morales, que en homenaje al gran poeta de «Poemas del toro», hijo predilecto de la ciudad talaverana, convoca anualmente dicho Ayuntamiento. El premio, dotado con vein-

ticinco mil pesetas y la publicación del libro premiado en la Colección Melibea, recayó en el poeta Antonio Domínguez Rey, cuyo libro «La voz y su vacío» obtuvo tres de los cinco votos del jurado.

El jurado decidió también conceder un accésit, con carácter honorífico, al libro «Almendra de preguntas», del que es autor Angel Sánchez Pascual, que es el que había quedado finalista, con dos votos, y cuya publicación propuso para la misma colección, que dirige Joaquín Benito de Lucas, en la que ya han aparecido los libros de Manuel Ríos Ruiz, Antonio Hernández, Manuel Jurado López y Antonio del Camino, premiados los años anteriores. La edición de este libro del accésit será patrocinada por don Luis de Lafuente Alahuete, propietario del restaurante donde se ha fallado el premio.

Antonio Domínguez Rey, que nació en Rianxo (La Coruña), es catedrático de Literatura en la Enseñanza media y actualmente explica Lengua y Literatura españolas en Burdeos (Francia). Fue accésit en el premio Adonáis 1973, por su libro «Garlopa marina», y premio Puente Cultural 1974, por su

libro «Gremor». Angel Sánchez Pascual, nacido en Navalmonreal de la Mata (Cáceres), es también profesor de Literatura, y en 1975 obtuvo el premio Adonáis con «Cerebración de la inocencia».

Premio Anagrama de Ensayo 1981

EDITORIAL Anagrama convoca por novena vez el premio Anagrama de Ensayo. Podrán optar a este premio todas las obras literarias que se ajusten a las siguientes bases:

- 1.º El premio consistirá en un objeto artístico.
- 2.º Los trabajos, de extensión libre, deberán presentarse escritos en castellano en folios mecanografiados a doble espacio y por una sola cara.
- 3.º El tema será libre, pero el jurado preferirá los trabajos de imaginación crítica a los de carácter erudito o estrictamente científico.
- 4.º Las obras deberán desarrollar un tema único o diversos temas agrupados de una forma orgánica. En ningún caso podrán optar las simples recopilaciones de artículos.
- 5.º No habrá limitación formal alguna, aunque se valorarán especialmente aquellos trabajos que representen una apertura en el concepto literario de ensayo.

6.º El autor recibirá en el acto de la firma del contrato la cantidad de 100.000 pesetas en concepto de anticipo de derechos de autor, que se estipulan en el 10 por 100 del precio de venta del libro hasta los 10.000 ejemplares, y el 12 por 100 en adelante. Editorial Anagrama se reservará, previo acuerdo del autor, el derecho a publicar ediciones populares o especiales o el de ceder a terceros dicho derecho.

7.º El premio, que se concederá anualmente, podrá ser declarado desierto. Editorial Anagrama se reserva en todo caso el derecho de opción para la edición de las obras no premiadas.

8.º El jurado tendrá carácter permanente y estará compuesto por don Salvador Clotas, don Hans Magnus Enzensberger, don Luis Goytisolo, don Xavier Rubert de Ventós, don Mario Varga Llosa y con renuncia a voto, el editor don Jorge de Herralde.

9.º Los originales deberán remitirse por triplicado, con el nombre y domicilio del autor, a Editorial Anagrama, calle de la Cruz, 44, Barcelona-34, antes del 1 de enero de 1981.

10.º El premio se concederá en el primer trimestre de 1981.

11.º Una vez adjudicado el premio, los autores no premiados, sobre cuyas obras el editor no ejercite la opción señalada anteriormente, podrán retirar sus originales en Editorial Anagrama.

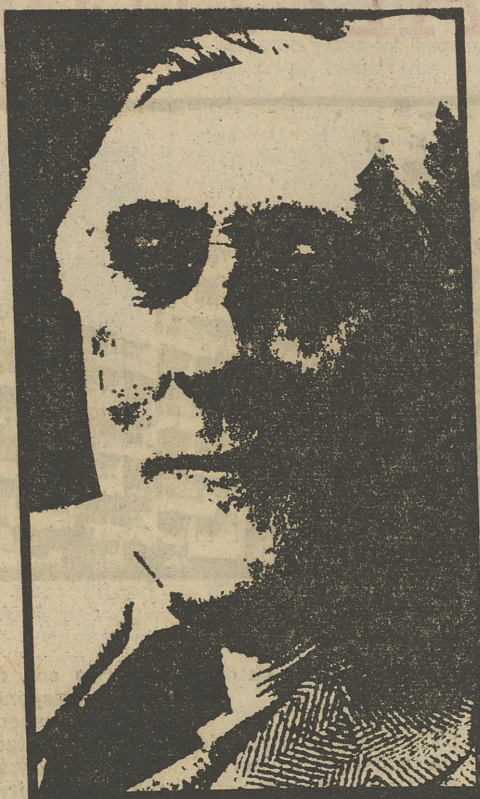


EXCEPCIONAL DE NUESTRA LITERATURA

libros de poesía, y así redacté dos artículos sobre Rosales y Abril o también sobre L. F. Vivanco. Más adelante se me ocurrió escribir un largo ensayo sobre «La montaña mágica» y enviárselo a Fernando Vela; lo publicó en el número siguiente de la «Revista de Occidente». Desde entonces me dediqué a hacer críticas extensas sobre Kafka, Gide, etcétera. En la posguerra, al reingresar en mi carrera y marchar destinado a Santander, allí escribí dos biografías: una, de Pereda, y la otra, de Gil y Carrasco. La de Pereda se va a volver a reeditar. Melchor Fernández Almagro y L. Panero me insistieron en que volviera a escribir, pero dentro de la crítica y del ensayo me sentía más original. —Su primera docencia en Estados Unidos se realiza en Puerto Rico, coincidiendo con los últimos años de vida de Juan Ramón Jiménez. Uno de los libros de su larga bibliografía se titula precisamente «Conversaciones con Juan Ramón». —Sí, del 53 al 55 marché a USA precisamente porque J. R. Jiménez y F. Ayala me incitan a pasar a la enseñanza. Marché primero como profesor de Leyes y luego regreso a España. Pero J. R. Jiménez me pide que vuelva para ayudarle a ordenar sus papeles, y esta vez regreso para enseñar Humanidades. Posteriormente he permanecido en diferentes universidades norteamericanas.

LA EXPERIENCIA EN LA UNIVERSIDAD USA

—¿Cuál podría ser entonces su balance de la Universidad norteamericana? —Esta concede grandes facilidades de trabajo. Las bibliotecas son espléndidas: libros, revistas, todo puede allí encontrarse. Las que he frecuentado, como la de Texas, Los Angeles o Chicago tienen bibliotecas de primer orden. Además dan facilidades de trabajo, dan tiempo, ayudas mecanográficas, económicas, etcétera, de modo que se trabaja mucho y a gusto. Eso la Universidad española no lo da. En USA escribí casi todos mis libros: sobre Unamuno, el segundo y tercer libros sobre Galdós, los estudios sobre técnicas de la novela, que son muchos; dos libros sobre Machado y un gran etcétera. Entre otras cosas excelentes de aquel país es que si usted quiere entrar en política, entra, pero si desea quedarse fuera, se queda; esto aquí me parece difícil. En cambio la política interdepartamental es tan agotadora aquí como allí. —¿Y la situación actual y futura de los departamentos de español? —Sí no le parezco pesimista, siendo España un país en proceso de disolución, como en su momento lo fue el imperio



autrohúngaro o Turquía, ese proceso está repercutiendo en los departamentos. Por una parte, hay más interés sobre España, sobre lo que está sucediendo, sobre ese masoquismo de los españoles de destruirse a sí mismos. Por otra parte, la literatura española está siendo ignorada más y más, en beneficio de la literatura hispanoamericana. Los hispanoamericanos han aprendido de nosotros, de nuestros antepasados, de Azorín o de los inventores de la generación del veintisiete y de esas otras que se inventaron, que se pueden crear grupos de presión en la literatura lo mismo que en la política, y, naturalmente, eso es lo que tiende a tomar la primacía. Por otra parte, en USA existe un grupo de supervivientes, de hispanistas de mi edad, como Sánchez Barbudo, y otra gente más joven y muy brillante, como Soberano, Marichal, Manuel Durán, Enguidanos; esa generación intermedia es lo que queda de los españoles. Pero ya no es una generación como la anterior. Recuerde que se han muerto Angel del Río, Montesinos y Rodríguez Moñino; se ha jubilado Casaldueiro; ahora se jubila también Sánchez Barbudo. Es decir, ha habido una pérdida que no se sustituye fácil-

mente. El español, sin embargo, pervivirá en USA a través de Hispanoamérica.

—Usted que ha pasado por todas las fases de la crítica y el ensayo literario, ¿cómo lo ve en el momento actual en nuestro país?

—Lo que cumplen mejor su función son los suplementos de los periódicos, una función eminentemente informativa, porque crítica a fondo es imposible realizar en tan corto espacio. Pero donde encuentro un gran bache es en el largo ensayo de revista, como el que publicaba «Cruz y Raya» o la «Revista de Occidente». Se debería exigir mayor calidad, como hacían F. Vela o Bergamín. Las revistas que conozco hacen lo que pueden, pero, a mi juicio, son un gran error esos números monstruosos e ingentes de «Cuadernos Hispanoamericanos», con una letra uniforme; ahí todo lo que se publica se pierde. «Insula» no puede publicar artículos extensos, a «Camp de l'arpa» le sucede lo mismo. «Resurgimiento» parece que ha comenzado bien, «Nueva Estafeta» ha tenido tantos cambios y la «Revista de Occidente» vuelve a salir. La crítica académica puede ser extraordinaria si es que nos referimos a un Fernando Lázaro o a un Francisco Rico. Una de las cosas que más le echo en cara a la crítica de periódicos y revistas es el no hacer nada por reivindicar a nuestro cuentista. Jorge Campos es un caso magnífico e igualmente Ricardo Domenech, Antonio Pereira, Juan Aparicio, Mateo Diez, Merino, etcétera.

REIVINDICAR A ANTONIO ESPINA Y A DOMENCHINA

—Usted siempre se refiere muy violentamente contra las formaciones generacionales. ¿Cree que estos núcleos de poder literario marginaron a escritores de valor alejados de ellos?

—Yo creo que esto ha ocurrido con Antonio Espina y con Domenchina. En la literatura no hay aquello de hacer sombra, no es menos un gran poeta como Cernuda porque lo sea Espina, ni al revés; cada cual va por su camino y ambos son poetas extraordinarios.

—En un número del desaparecido «Suplemento de Artes y Letras», de «Informaciones», tuve la oportunidad de hacerle la crítica de uno de sus más recientes libros publicados, «Psicologías del autor y lógicas del personaje» (Editorial Taurus, 1979). En un párrafo decía: «R. Gullón, más que esbozar una gramática inédita y menos heterodoxa de la novela, pone en práctica un conglomerado de diversas y variadas tendencias y escuelas

crítico-ensayísticas y hasta incluso filológicas. Lo mismo se cita a Julia Kristeva que a Foucault que al texto, como esa larva que se crea a sí misma ajena al propio autor, que al autor-protagonista-antagonista, etcétera. Gullón se coloca en una postura intermedia entre el academicismo crítico todavía imperante en nuestro país, y las últimas vanguardias. Intermedia, pero lo que resulta más importante: evolutiva...»

—Cada vez que para enfrentarme con un problema he encontrado una teoría inteligente, la apliqué. Mi nuevo libro (a punto de aparecer), «Espacio y novela», trata de cubrir un vacío en la bibliografía española. Comienza con una tentativa de conceptualización de los problemas de la espacialidad en referencia a la novela, luego un segundo capítulo sobre los espacios simbólicos. En otros capítulos estudio los espacios concretos de la novela española desde muy lejos («El lazarillo») hasta muy cerca (el último libro de Benet), y advertí que me quedaba sin estudiar no tanto el espacio verbal, puesto que todo espacio novelesco es verbal, sino lo que se refiere al espacio de la novela dialogada. Tomé como arquetipo de esta clase de obras «El casamiento engañoso», de Cervantes, y después continué con Galdós, etcétera. Estudié el habla, las voces, los espacios de la conversación y el monólogo como espacio en Galdós y en otros escritores. Pero también estudié los espacios de la acotación en las novelas dialogadas de Valle-Inclán, por ejemplo. También los problemas de la distancia en novelas que tienen por objeto el camino, desembocando en el espacio más entrañable y reducido que es el de la narración erótica, ocupándome de la espacialidad del cuerpo. Pero no sólo aporté ejemplos de la literatura española, sino también de la inglesa, francesa o alemana. He tratado de deslindar los problemas del espacio y la novela estando más bien en relación con los trabajos de Gastón Bachelard y de Poulet de la novela espacial, es decir, de la novela fragmentada, cosa que pensé estudiar y lo abandoné de momento. Esta es otra cuestión, ésta es otra problemática y estas son fundamentalmente las teorías de Joseph Franc, profesor norteamericano, autor del estudio más importante sobre la novela espacial. Pero yo no estudio la novela espacial, sino los espacios en la novela, de manera que el título inicial iba a ser «Espacios novelescos», pero ahora se titula «Espacio y novela», como podía titularse «Espacio y ficción». Los espacios simbólicos los trato mejor en un cuento porque se tiene más en la mano la materia. Estoy también a punto de finalizar la introducción a los cuentos de Benet.

Escribe Javier VILLAN

La periferia maldita

SELECCIONADOS PARA EL PREMIO "NOVELAS Y CUENTOS" 1980

CIENTO ochenta y tres originales han sido presentados a la IX edición del premio Novelas y Cuentos, que anualmente convoca la Editorial Magisterio Español, S. A., con el deseo de confirmar y descubrir nuevos valores literarios. Los títulos de las obras seleccionadas son los siguientes: «Añoranzas cero», «Apriétame la mano más que nunca», «Al otro lado», «Largo apasionato», «Gris claro, gris oscuro», «La revesada vida» y «Contraluz». El fallo del premio se verificará en la segunda quincena de noviembre. La dotación económica del premio para esta convocatoria será de 500.000 pesetas.

NOS hemos quedado exhaustos. Los maratones para recoger firmas solidarias, el espontaneísmo manifestante sabiamente administrado, la frágil épica de dos aurorales, nos han dejado hechos unos zorros. Y, para postre, el follón éste décadas mitológicas y de la democracia. ¿Quién va a propiciar en el Madrid otoñal y de sol lánguido la circulación de los notariales y, sin embargo, inflamados folios de abajo-firmantes? ¿Quién el volatin sudoroso de un salto mortal entre la fusta y el callejón tapiado?

Y, a pesar de todo, leemos, por ejemplo: «Ha sido detenido en Vigo el escritor y profesor de Literatura Xosé Luis Méndez Ferrín...» (Nota marginal: Méndez Ferrín, fundador con Celso Emilio Ferreiro de la Unión do Pobo Galego, y, sin el difunto Celso, del Partido del Proletariado Gallego; autor de novelas y poemarios como «Antón e os inocentes», «Con pólvora e magnolias», «Poesía enteira de Heriberto Bens»). Leemos, por ejemplo: «Secuestrado el libro "Historia de Galicia" después de un año de estar en el mercado...»; por ejemplo: «Dificultades en la Mostra de Teatro Gallego de Ribadavia...». Melancolía por las oxidadas bisagras de la razón activa, apenas un chirrido leve de óxido y herrumbre. Y, sin embargo, uno tiene la impresión de que en las décadas prodigiosas de los sesenta y setenta, ante noticias así —en el supuesto de que se dieran—, tampoco se hubiera ido mucho más allá en este Madrid lánguido y otoñal. La provinciana arrogancia intelectual de una urbe que no es tanto rompeolas de todas las Españas como acumulación de ávidos ciudadanos de fortuna y de áulicas prebendas, sería, a pesar de todo, una inexacta aproximación causal. Lo que en Madrid ocurre, o deja de ocurrir, referido a la periferia, tiene otro

significado que la simple referencia geográfica. Madrid es el centro y el epicentro, y estos términos son más un concepto político que geométrico. Y desde esa inmanencia se asiste sin pestañear ni mover un dedo al encaramiento de un escritor o al secuestro de un libro sobre los que previamente, y políticamente, se ha establecido un criterio de criminalidad. La periferia es, en todo caso, una metáfora culposa. Reflejos condicionados obligan a identificar, desde una óptica refractaria e imperial, las manifestaciones culturales de una colectividad con las definiciones políticas que la sustentan. Por paradoja utilitaria se impulsa una acción de castigo desde centros de poder que en la práctica, y con terquedad histórica, afirman el discurso instrumental de una cultura mientras proponen cínicamente su virginidad política. «Los poetas gallegos no nos vamos a desmovilizar», declaraba hace algunos meses a un periódico de Madrid Méndez Ferrín. Hoy por hoy, la necesidad reivindicativa del quehacer cultural sigue siendo irremplazable; las posibilidades provocadoras de la palabra, una exigencia. Por más que un decadentismo horter y artificial fluya blandamente por algunas de sus más espectaculares manifestaciones.

Escribe J. A. UGALDE

EL MERCADO DE LA SOLEDAD HUMANA

DESDE que David Riesman escribiera «La muchedumbre solitaria» detectando un fenómeno típico de las sociedades absortas en su segunda o tercera revolución industrial, el proceso de aislamiento de grandes masas de individuos afectados de diversas formas de soledad e incomunicación parece ir en crecimiento. Esa bocanada de hastío y de falta de incentivos para el contacto humano cuyo tufo aprendimos a reconocer, tal vez hace unos doce o quince años, en las películas de Bergman y de Antonioni, ha llegado a convertirse en una especie bastante común de horror cotidiano, sobre todo en las grandes ciudades.

EXISTENCIALISTAS como Sartre y Camus, primero; Ionesco y el terrible Beckett, que se tradujeron algo después, Ciorán y Francis Ponge, por último, han ido dibujando un panorama reconocible y desolador, lo que podríamos llamar el infierno actual, corrosión que parece especialmente endémica entre la juventud e incluso entre la adolescencia contemporánea. No sólo el pensamiento filosófico o la novela, también la sociología, la psicología y el psicoanálisis se han ocupado profusamente de este haz de problemas que, en última instancia, son antiguos como el mundo, pero que, como pronosticó Nietzsche, han cobrado especial virulencia en nuestro siglo.

EL libro que quiero comentar, escrito por la francesa Myriam Duteuil (1), se mueve en una

atmósfera menos teórica y más respirable: escrito en tono de reportaje, tiene algo de aventura, de recorrido detectivesco por el laberíntico territorio de los inventos generados para paliar ese aislamiento crónico que ya hay que tomar como un fenómeno social.

MYRIAM Duteuil se describe a sí misma como mujer intelectual, recluida en una provincia francesa, circunscrita por una actividad profesional poco gratificante, que a los treinta y cuatro años vio asomar las orejas del lobo de la soltería perpetua. He aquí cómo lo describe ella: «Dándome cuenta de que estaba sacrificando mi vida afectiva y sexual, mi vida de mujer, mi vida, en una palabra, al vano espejismo de la intelectualidad pura, decidí invertir la orientación de mi existencia y procurar en adelante con-

vertirme en una «mujer normal». Dejando a un lado mis ambiciones intelectuales, comencé a soñar en el matrimonio. Imagino que ante semejante giro personal, más de un varón preferiría el exabrupto universal: «todas son iguales». Pero esto, en definitiva, no hace al caso.

EL caso es que Myriam Duteuil, tras probar fortuna en viajes organizados, clubs excursionistas y otras formas de acceso a una posible relación amorosa, decidió ponerse en contacto con el COSM (Centre d'Organisation Scientifique des Mariages). Tras diversos tanteos, orientados por los psicólogos de la agencia matrimonial, creyó encontrar su media naranja y se casó. Seis meses después, pedía el divorcio al comprobar las incompatibilidades que

le desmarcaban de su cónyuge.

ESTA primera parte de la experiencia, narrada en tono sincero, con cierto distanciamiento hacia su propia ingenuidad y con sorna hacia los métodos del COSM, tuvo la virtud de sugerir a Myriam Duteuil una investigación por los recovecos de las agencias matrimoniales, clubs de encuentro de diverso tipo, centros de alterne y anuncios en los medios de comunicación llamando directamente a la toma de contacto.

BASTE decir que de los organismos, con fines matrimoniales, que conoció en su periplo, la autora confiesa que el primero, el COSM, con todos sus defectos, le pareció el más serio. Un panorama menos desconsolador, y también

descrito con detalle, es el que corresponde a organizaciones especializadas en facilitar contactos y editar boletines de anuncios, sin mayores aspiraciones. Pero lo interesante del libro es, naturalmente, la narración de las sorpresas que la autora recibe en su indagación: sórdidas entrevistas programadas por las agencias, errores divertidos en el «planing» de los encuentros, métodos cercanos a la estafa.

JUNTO a todo este aspecto narrativo, en el que la autora no desdena contarnos los ligues que cosechó y las opiniones que merecieron sus numerosos «partenaires» ocasionales, el libro contiene también una vertiente analítica: el examen de la base pseudocientífica de los sistemas de elección de las parejas por medio de tests psico-

técnicos y pruebas grafológicas; la crítica de la ideología machista que inunda los modos de efectuar la presentación o los consejos impartidos a los y a las aspirantes al hallazgo del amor de su vida. El libro dedica un capítulo a una serie de conclusiones y previsiones de evidente interés: resulta que los usuarios de estos métodos de contacto son cada vez más jóvenes («las tres cuartas partes de los inscritos en el COSM tendrían menos de treinta años»); las mujeres utilizan en mucha mayor proporción estos servicios (diez veces más que los hombres en algún caso); en general, se observa un ascenso de los fines extramatrimoniales del contacto... Un apéndice, escrito por el periodista Domingo González, que pasa revista —demasiado concisa— a los primeros avatares del fenómeno en nuestro país, cierra el libro.

Curioso, oportuno y, a ratos, impremeditadamente divertido, el texto de Myriam Duteuil se ocupa de un área poco usual de la antropología de nuestra época. En el espejo del descrito acervo de nuevas maneras de relación podemos ver reflejados los aspectos grotescos y, a veces, desesperados de la Humanidad contemporánea en su intento de huir del aislamiento y la soledad psíquica que, paradójicamente, surgen en el núcleo de la aglomeración contemporánea.

(1) Myriam Duteuil: «El mercado de la soledad humana» (Editorial Fontanares).



Escribe Alfonso MARTINEZ-MENA

PAJARO DE CELDA

(humor, sarcasmo, escepticismo)

VIENE avalada como «número uno desde su publicación en las listas norteamericanas de las novelas más vendidas», y con el eslogan de ser «una estupenda sátira del poder y del dinero». En realidad, todo eso no significa demasiado, ni que aquí, por tales razones, vaya a tener el éxito conseguido entre los norteamericanos desde 1979, en que se publicó. Hablo de «Pájaro de celda», novena novela de Kurt Vonnegut, descendiente de alemanes, nacido en Indianápolis en 1922. Vonnegut estudió en la Universidad de Cornell y en el Instituto de Tecnología de Carnegie antes de ser soldado en Europa durante la segunda guerra mundial; después, reportero policiaco, y por fin, se dedicó a escribir. Esto sucedió en 1950.

«Pájaro de celda», efectivamente, es una especie de sátira, cruel y divertida, en torno a la farsa de los grandes y tradicionales mitos norteamericanos: mitos sociales, políticos y económicos en los que se basa el montaje del sistema. En ella se saca a relucir el escándalo del Watergate, la actuación de las empresas multinacionales, el prestigio de ciertos estratos pseudointelectuales que dominan la Administración, la segunda guerra mundial y la miseria de los más ínfimos sectores sociales; todo ello dentro de una línea deformante y grotesca, y a través del relato de las desventuras de un pobre estúpido que sigue creyendo a sus sesenta y tantos años en la bondad y en el amor entre los hombres, pese a haber sufrido

prisión inmerecidamente y ser despreciado por sus condiscípulos de la elitista Harvard, a la que tuvo acceso bajo la protección de un multimillonario tartamudo, del que su padre era chófer y guardaespaldas, con el que jugaba partidas de ajedrez.

Vonnegut ofrece un repertorio de chistes al uso de Jerry Lewis —onomatopeyas incluidas— muy americanos, pero no demasiado aceptados por el humor europeo, encadenados con situaciones absurdas, tales como el nombramiento de «asesor para asuntos de la juventud» que Nixon ofrece a nuestro protagonista —casi un tipo de Chejov—, Walter Starbuck, el modesto «hombre de Harvard» que, tras ocupar algunos insignificantes cargos en la Ad-

ministración, desliza opiniones sobre un importante personaje que le granjea el desprecio de sus compañeros —incluso de su propio hijo, al que hace crítico literario— y la gratitud de Nixon que, como sucede habitualmente para recompensar pequeños favores, le ofrece un oscuro cargo en la Casa Blanca, desde el que irá a la cárcel por primera vez acusado de supuesto desfalco, cuando se descubre la manta del Watergate.

Este «Pájaro de celda» sigue conservando su estúpida inocencia, y cuando cumple su condena, se encuentra a una vieja mendiga, antigua novia suya, que en verdad es la dueña de la más poderosa multinacional del mundo, en la que llega a ser vicepresidente, y de donde regresa a la cárcel por ocultar ingenuamente el testamento de la anciana millonaria que vive en el más absoluto anonimato, intentando que sus empresas estén en manos de hombres buenos.

Tipos curiosos, como la tal anciana; Leland Claves, el amigo denunciado, que le perdona, o el doctor Robert Fender, condenado a cadena perpetua por traición en la guerra de Corea, que se dedica a escribir novelas de ciencia ficción y a hacer amigos desde su puesto de encargado

de la sala de suministros de la prisión, salpican el relato de connotaciones patéticas y satírico humor. Baste recordar lo ocurrido a un personaje de Fender, desfechado por ingratitud en un país en el que eso es delito, que muere gritando «graciaaas»; o la decisión del protagonista Walter F. Starbuck, el «hombre de Harvard», que, en prisión, sigue un curso de doctor en coctelería, profesión a la que piensa dedicarse al salir, encontrándose con que lo hacen vicepresidente de la multinacional de la vieja mendiga y vuelve a la cárcel, por ocultar su testamento. Para cuando salga por segunda vez, quiere ser mendigo.

Una gran farsa, en definitiva, la que cuenta Kurt Vonnegut. Una farsa moralizante en la que van a la picota todos los grandes mitos estadounidenses. De ahí el éxito entre los norteamericanos. Y de la sucesión de episodios, de la maestría narrativa (para Graham Greene Vonnegut es «uno de los mejores escritores vivos de América»), puede y debe venir el éxito entre nosotros a este «Pájaro de celda», editado hace pocos días por Argos Vergara como libro de otoño. Un «best-seller» «aparentemente» inocente.





Escribe Leopoldo AZANCOT

Al-Andalus

EL REY CAUTIVO



POR causas primordialmente políticas —pero no sólo— el Islam español atrae cada día más la atención de gentes muy diversas. Y merecidamente, pues no en balde los musulmanes crearon entre nosotros una cultura, que llegó a ser refinadísima, impar por muchos conceptos. Dicha cultura, más soñada que conocida por la mayoría, constituye para ésta —pienso— la prueba de que los españoles son capaces de abordar lo espiritual sin militarizarlo, sin incurrir en dogmatismos alineantes, y también, de que no todo en nuestro pasado es hostil a la sensualidad, a la plena aceptación de la gloria del mundo.

El siglo XI en primera persona, subtítulo: Las «memorias» de Abd Allah, último rey ziri de Granada, destronado por los almorávides (1090), es un libro fascinante que, traducido por Lévi-Provençal y Emilio García Gómez (Alianza Tres), nos permite por vez primera conocer detalladamente lo que era esa cultura, esa civilización, en el siglo XI, mediante un impresionante caudal de la más variada información histórica. La Andalucía musulmana, convulsionada por la irrupción de las hordas africanas; la Andalucía de los taifas, cuya delicada cultura se derrumbó bajo el ímpetu de los invasores bereberes; la Andalucía de las pequeñas cortes refinadas, hostigada por los cristianos de Alfonso VI, revive en las presentes páginas con un temblor temporal invaluable. Abd Allah, que nos la revela en sus menores detalles a través de su subjetividad, fue un rey sin envagadura al que sólo el destierro en África, tras la

pérdida de su trono, da grandeza. Ello, y estas memorias, escritas indudablemente en su descargo, donde las complicaciones de la política de su época, y —al trasluz— de la vida cotidiana, se nos muestran bajo una luz vivísima.

De este libro ha escrito García Gómez —autor de las numerosas notas que facilitan la lectura del mismo— que es «en el terreno de las historias, por tan estrecho modo unidas de la España musulmana y cristiana del siglo XI, el documento más completo y más lleno de vida de que disponemos hasta ahora», y que constituye «una fuente histórica de primerísimo orden». No se crea, sin embargo, que es lectura únicamente apta para especialistas, para historiadores y arabistas: tan interesante como una novela de aventuras, el libro debe de ser conocido por todos aquellos a quienes atraiga el viejo Al-Andalus, por todos aquellos a quienes preocupe el descubrimiento de nuevas formas hispánicas de vida, pues, a más de un centón impresionante de datos, es una especie de invitación al sueño.

Triunfo de la narración:

LOS INGLESES EN LA INDIA

PABELLONES lejanos, de M. M. Kaye (Plaza & Janés) constituye un excelente ejemplo de ese tipo de narrativa al alcance de muchos y escrita con dignidad literaria y dominio del arte de la ficción, tan extraño, por lo que se ve, a la literatura en lengua castellana, para mal de ella. Ambientada en la India colonial, evoca un cuarto de siglo del dominio inglés en aquel país; el que se cierra con la segunda guerra afgana, y es, no obstante su extensión, un relato que se sigue con atención indesmayable.

Las razones de este acierto no son difíciles de encontrar. En efecto, M. M. Kaye ha asentado su narración en un dominio innegable del arte de novelar, no permitiendo que nada interfiriera su placer de contar historias, lo que el lector siempre agradece. Por otra parte, no ha olvidado que una de las funciones del novelista es crear personajes y mostrarlos a vueltas con el tiempo, con el fluir de la vida, lo que le ha llevado a trazar figuras atractivas, dotadas de autonomía. Por último, ha tenido presente que para el lector occidental no basta con un desnudo relato de hechos, que tras éstos tiene que esbozarse una visión de la vida, entregándose con éxito a la tarea de dejar traslucir, a través de la acción, una que fuera accesible para los más, y que estuviera a igual distancia de la banalidad que de la pedantería pseudo-transcendental.

El resultado de todo ello es una novela muy bien narrada, plena de atractivos diversos, que mantiene vivo el interés en todo momento. Una de esas novelas que fomentan en el lector la afición a ese «vicio impune», la lectura, que tantas obras pretenciosas se obstinan hoy

en matar; una de esas novelas que aseguran la buena salud de una literatura al despertar el apetito de otras, al asegurar los lazos existentes entre quien escribe y quien lee.

Un enigma:

EL INASIBLE TRAVEN

A pesar de que sus obras están traducidas al español, y de que sobre una de ellas hizo Houston una gran película, Traven es prácticamente desconocido entre nosotros. Se trata, sin embargo, de un escritor importante, a quien se deben algunas novelas y relatos de excepción ambientados en México, su tierra elegida. Sería de desear, por ello, que B. Traven. Una introducción, de Michael L. Baumann (Fondo de Cultura Económica), despertara en muchos atracción hacia este narrador enigmático, cuyos incatalogables libros ofrecen una visión insólita de Latinoamérica, y replantean de manera original la problemática del anarquismo en nuestro siglo.

En su obra, publicada en la colección «Breviarios», Baumann atiende, en primer lugar, a proyectar luces sobre el enigma Traven. Como se sabe, se ignora todo de este escritor, y primordialmente, su identidad. ¿Era alemán o norteamericano? ¿Puede identificarse con alguna de las figuras que en algún momento le sirvieron de portavoz? Se ha dicho, por ejemplo, que era hijo natural del último kaiser; y se le han atribuido muchas otras personalidades, todas misteriosas, todas aventureras, cuya superposición acabó por hacer de él un personaje legendario. Que nació en 1890 y que murió en 1969, está relativamente bien establecido. Pero, ¿cuándo llegó a México, y por qué? ¿Y por qué, en fin, ocultó siempre su verdadera identidad? Baumann acumula información sobre el tema, ofreciéndonos, al término de una indagación realmente policíaca y llena de suspense, los datos necesarios para que tomemos posición consecuentemente a tan controvertida cuestión.

El problema que plantea el anarquismo inocultable de Traven también es objeto de estudio profundo por parte de Baumann. Lo relaciona éste con el de Max Stirner, poniendo al descubierto el modo como la doctrina del pensador libertario alemán fue siendo transformada por el autor de El tesoro de Sierra Madre en función de su experiencia; de una experiencia que comprendía la primera guerra mundial vista desde Alemania, el triunfo de la contrarrevolución en dicho país y la muerte de Rosa la Roja, el horror proletario en la Europa de los años veinte.

El libro, que se cierra con una rica bibliografía de y sobre Traven, comprende además un análisis de su producción narrativa, la cual comprende novelas tan impresionantes como El barco de la muerte.

Una introducción, pues, modélica a la vida y a la obra de este escritor, a quien deberíamos conocer mejor.



Segundo finalista del Ciudad de Melilla SOBRE "Poemas sin título", de José Luis ALEGRE CUDOS

QUERIDOS amigos:

Pocas veces el poeta sabe lo que ha hecho. Sabe más bien lo que ha querido hacer. Me preguntáis por mi próximo poemario, «Poemas sin título», y voy a responderos en todo lo que esté a mi alcance, pues de momento lo veo muy cercano, muy encima, y me falta perspectiva para situarlo en el conjunto de mi obra.

De lo que estoy seguro es de la sensación de extrañeza que me iba produciendo conforme lo escribía y que hoy por hoy todavía me sigue produciendo. Intentaré compararlo con mi obra anterior para tratar de ver qué puntos le unen a la misma paternidad, dado que a primera vista *Poemas sin título* es un poema de ruptura, o quizás de avance arriesgado con todas las consecuencias.

De *Abstracción del diálogo de Cid Mio con Mio Cid* (Adonáis, 72) conserva la interpretación de la historia como algo personalmente propio e intransferible: el mito al servicio de la individualidad y está al servicio del mito. En cuanto a su creencia en la incomunicación del lenguaje, conserva la convicción de que acaso sea el inconsciente colectivo el que nos comunica y no la formulación rectilínea de lo dicho en el lenguaje.

De *Ridícula prosaica rítmica verborrea* (1975), el poemario del que me preguntáis, tiene la certeza de que el lenguaje es una posibilidad al margen de la retórica y de la ironía, como resultado de la enfermedad que supone el habla. Sin embargo, se apartan en cuanto a la fe relativa y forzada que *Poemas sin título* pone en lo que expone.

Entre *En un despoblado canta el poeta su rendición incondicional* (1976) y *Poemas sin título* HAY UNA AFINIDAD POR EL GUSTO que manifiestan ambos sobre la individualidad y la colectividad como deseo, deseo que es lenguaje. Parten del punto cierto para ellos de que la mentira literaria es la consistencia del poema y el dios yo que la sustenta.

Entre *Instinto de conversación* (1976) y él hay una relación de contrarios. El primero está en las últimas y *Poemas...* está en el inicio de una reformulación: la del lenguaje poético al margen de la metáfora lineal y a favor del discurso quebrado.

Con *Poema de réquiem y de luces* (1977) hay un enfrentamiento, ya que éste parte del lenguaje común como cargado de futuro inefable, y el poemario en cuestión parte del lenguaje como presente común o futuro que se hace normalmente presente por efectos del potente deseo o verdad poética *ad infinitum*.

Quizá la relación mayor la tenga con *Romance del Cristo de Don Quijote* (1977), en cuanto que ambos reinterpretan el mito, salvando las distancias entre un poemario que quiere pasar por tesis o interpretación de la realidad y el otro que se limita a pasar por simple deseo sub-

jetivo, solamente objetivable por el lector activo.

También hay una relación con mis dos novelas. Con *Estado de novela* (1978) la hay en la visión del mundo que cree en el lenguaje como único sustento, si bien la novela cree en la realidad que ese lenguaje crea, y el poemario duda de lo mismo que crea. La diferencia con *Pasión según san yo* (1977) es que en ella el yo es sacado a relucir y a hacer el loco, y en el poemario el yo se distancia en cien mil heteronónimos nunca presentes. La distanciaci3n como forma de multiplicaci3n del yo. Con *Primera invitaci3n a la vida* (Boscoán, 1975, publicado en 1979) hay un común sentido del amor a lo humano frente a lo artificial deshumanizado.

La relación con mi teatro *TEATRO OTRO* (premio Hermanos Álvarez Curo de la Real Academia de la Lengua) sería mucho más compleja: acaso la dramatizaci3n lingüística sea el punto común.

Con *Poema del sentir* (beca March 77, próximo a distribuir) hay una ley común, que el poema tenga su consistencia en el deseo de lo que la muerte presenta

natural o de lo que el tiempo intenta salvar.

Poemas sin título es un libro de dudas frente a mi pasado poético de afirmaciones. Ahí hay que buscar las posibles críticas implícitas en él a corrientes poéticas actuales. No es mala voluntad.

¿Y de la temática? En una primera parte hay un acercamiento a la cotidianidad a través de la historia. Por ejemplo, Colón compone (sobre él) su poema de la muerte (la suya), negando la existencia de América (La Utopía) y encontrando la tierra (prometida) Unos restos de poema después de la explosión atómica definitiva, el carromato de la historia presenta el gran teatro de la dominaci3n del mundo... En una segunda parte, lo imposible se hace real: pertenecer a la Armada Invencible o al pirata Drake, arrepentirse Aristóteles de sus obras y Demóstenes de no haber permanecido tartamudo, y Garcilaso de tanto trabajar el poema y Virgilio de su epitafio. ¿Y Cervantes?, etcétera... En una tercera parte entra el yo en escena con su nacimiento y renacimiento, dando lugar a que el arte («Las Meninas») se convierta en realidad (España) y Román Jakobson es vilmente interrogado, etc. Es decir, más vale no hablar de la temática, que en el fondo no existe como por tal se entiende.

No hace falta seguir. Dudo que algo os haya aclarado. Si algún día el libro se publica, será el lector quien me cuente lo que realmente he dicho en *Poemas sin título*. Yo sólo sé lo que he intentado callarme. Que eso es otra cosa, Cosas de la duda metódica poética.



Escribe Santos AMESTOY

LA TEMPORADA ARRANCA CON MATISSE...

Y A está aquí la temporada de las exposiciones. Los observadores y algunos de sus protagonistas opinan que va a superar a la anterior, tan sorprendente y tan, por fin, a la altura de las circunstancias internacionales. La próxima semana será de grandes inauguraciones. Los más jóvenes, los pintores agrupados bajo la denominación general —tomada de las estrategias del mercado americano— de «los ochentas», inaugurará bajo el lema Madrid, D. F.

Pese a lo comentado este verano en algún periódico, no significa «Madrid, diez figuras», sino, sencillamente, eso, Madrid, D. F., y no serán diez, sino doce artistas: Aguirre, Albacete, Alcolea, Campano, Eva Lootz, Navarro Badeweg, Ortuño, Pérez Villalta, Enrique Quejido, Manolo Quejido, Schlosser y Serrano. Vaya hoy solamente el anuncio en espera de más extenso comentario, una vez producido el evento ante el que se ha despertado especial interés. Y ello por dos motivos. En primer lugar, porque tras la exposición del mismo grupo durante la temporada pasada en Juana Mordó y Vandrés, la de este año se convertirá en inevitable reválida de la promoción más joven de la plástica española. También, porque las salas del museo Municipal pueden convertirse, tras la muestra, en uno más de los espacios dedicados a exposiciones, con los que Madrid se adorna.

Entre las primeras exposiciones que Dios envía, figuran, sin duda alguna, la excelente «El constructivismo en el arte moderno, en la arquitectura y en las artes aplicadas finlandesas». Muestra excelentemente planteada, que parte de una introducción a la temática del arte constructivo, desde la escuela de Chicago, el constructivismo ruso, el efecto del manifiesto realista de Naum Gabo y Antón Pevsner, etc., para pasar a la poética funcionalista finlandesa, encabezada por Aalto y desembocar en un panorama de diseño del país escandinavo. Se puede ver en las salas de la dirección general en el edificio de la Biblioteca Nacional.

En el Museo de Arte Contemporáneo, Manuel Angeles Ortiz, exponente plástico —como subraya Bonet Coreea en el catálogo—, del 27 granadino, miembro de aquel puñado de renovadores espíritus que en Granada crearon bajo el aliento y el ejemplo de Manuel de Falla. Ortiz entró en la dimensión internacional por la puerta de la escuela de París, saltando del naturalismo popularista a un vanguardismo epigonal y posculista, que en los mejores momentos parece convertirse en interpreta-

ción de las claves de la vanguardia desde una aquilatada sensibilidad en la que la huella granadina no está lejos jamás.

ORCAJO

También en el museo, la primera que nos ha venido es la exposición de Angel Orcajo, retrospectiva, y bajo el lema de los veinticuatro años de trabajo de este pintor, que, si todavía joven, certifica ahora la llegada a su madurez artística, a la plena posesión de sus propios recursos. Ofrece la novedad de la última parte de la exposición, cuyas obras llevan el genérico título de «incidencias», y que, lejos de suponer un cambio de rumbo en la trayectoria orcajana, significan una brillante síntesis de sus indagaciones anteriores y mostradas en diversas exposiciones, la última de las cuales —comentada aquí en su día— tuvo lugar en 1977 y en la galería Vandrés.

A vueltas ha andado Orcajo durante los veintitantos años últimos con la temática urbana pautada en la desolación y en los símbolos de la violencia. Mirando hacia atrás con Orcajo se puede ver su potente capacidad de resolución de una temática tan comprometida mediante el recurso a una imagen de fuerte y compleja plasticidad, para cuya obtención no ha dudado en exprimir las posibilidades de la significación constructiva; del análisis de la imagen de los media; del destripamiento del espacio bidimensional, primero, mediante la transgresión de los límites del cuadro, y, después, mediante la profundización en los efectos de ambigüedad, extraíbles a la perspectiva. Para desembocar en su fase actual magníficamente representada por una media docena de obras en las que dejan de tener sentido las divisiones clasificatorias de lo «abstracto» y lo «figurativo». Mas de este pintor tendré también que volver a ocuparme y me emplazo para después de mi intervención oral en el marco de su exposición, que tendrá lugar el próximo día 21.



MATISSE

El acontecimiento histórico de la próxima semana será la apertura, en la Fundación Juan March, de la primera exposición de Matisse en España. ¿Requiere presentación a nuestros lectores de este inédito clásico del siglo XX? Viene esta exposición a inaugurar solemnemente la temporada, pero también a significar un punto de referencia o norte al que se acoge la estética de los más jóvenes o de lo que se ha venido llamando —tras el abandono de la obra objetiva que ha tenido lugar en la década de los setenta en todo el mundo— «la recuperación de la pintura».

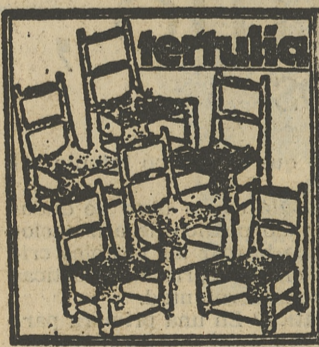
Matisse, norte y guía, supone el abandono de los tópicos hispanistas, que se

agazapaban siempre bajo la remisión al «guerniquismo» constitutivo del moderno arte español y bajo apriorismos —en estas páginas llevamos años luchando contra ellos— que se suelen resumir en aquello de que Picasso —como hace años repetía incesantemente Santiago Amón— «padre del arte del siglo XX. Por el contrario, W. Rubin me decía para los lectores de estas páginas hace escasos meses: «Picasso es el inventor; Matisse, el pintor». No le faltaba razón. Ni razones, ya que, junto a M. Plenyet, el directivo del MOMA de Nueva York, ha sido el artífice del relanzamiento de la veta Matisse, del norte Matisse, de la referencia matissiana (que pasa por el sector resucitado de los abstractos americanos menos expresionistas y más líricos), para orientar las tendencias del mercado y de los trabajos de los artistas más jóvenes.

Pese a todo ello, Matisse es, en efecto, el gran inventor de la pintura mediante el método (o, como le gusta decir a Plenyet, el sistema) de la penetración esencial en el aporte de la tradición pictórica y en la reducción a esencia, también, de las leyes del color, la composición y la forma. La suprema y rigurosamente estricta síntesis entre la lógica y la irracionalidad del pensar simbólico, que en Matisse hunde sus raíces en la naturaleza de aquellos colores que usaba en estado puro, tan sólo rebajados con un poco de blanco... También volveremos tras la inauguración.

Y MIRO NOS CONFORTA

El otoño ha llegado con el testimonio de la vitalidad de Miró, donde la pintura parece obedecer a leyes semejantes a las de la biología. El decano Miró ha donado al pueblo español una importante colección de obra gráfica que estos días se exhibe en la sala Tiépolo, del edificio Arbós; ha entregado el pasado jueves al ministro de Cultura su logotipo para el homenaje nacional que se prepara a la memoria de Picasso, y ha visto su hermoso mural convirtiéndose al anodino edificio del Palacio de Exposiciones y Congresos, donde se celebra la Conferencia de Madrid, en motivo de alegría en medio del dudoso urbanismo de la Castellana.



El Nobel librero de la paz a Ernesto Cardenal



Sí la feria del libro de Francfort es la más importante del mundo en su género, el premio de la Paz de dicha feria po-

dría ser llamado, sin demasiado abuso, el Nobel librero de la Paz. Tan importante galardón ha recaído durante acontecimiento ferial en el poeta, sacerdote y hombre de acción Ernesto Cardenal, en la actualidad ministro de Cultura de Nicaragua, miembro del consejo de redacción de la revista «Nicarauac», por él fundada a partir de ciertos mimetismos con la cubana Casa de las Américas, aunque con las todavía no del todo desveladas peculiaridades nicaragüenses y de lo que dábamos noticia en esta sección no hace mucho.

Conviene, asimismo, subrayar, con motivo del galardón al gran poeta nicaragüense, que la feria, lanzadora en su día del «boom» latinoamericano, es en esta ocasión dedicada a la temática del África negra, espacio cultural y geográfico en el que, muy posiblemente, los planificadores y técnicos de Francfort esperan hallar una producción literaria lo suficientemente variada y sugestiva como para poder instrumentar una nueva operación financiero-cultural. De ser así, la figura de Cardenal, escritor (pero también combatiente tercermundista, próximo al castrismo, sacerdote y revolucionario, pero en la re-

volución de Dios, como Jomeini y, quizá, los líderes sindicales polacos), enlazaría simbólicamente la estrategia del «boom» en Francfort con este intento de atraer la atención hacia la literatura del África negra. Añadamos, finalmente, que a ningún observador de la feria ha escapado, por otra parte, la politización del certamen en el sentido de las tesis defendidas por el partido en el Poder en la Alemania occidental y que la Prensa resume en la expresión «fomento de las relaciones Norte-Sur».

Jesús Aguirre, conferencias en USA



El ex director de Taurus, ensayista, traductor y, entre otras cosas, introductor

en España de Walter Benjamin, don Jesús Aguirre, duque de Alba, partirá en breve para los Estados Unidos para realizar una gira por diversas universidades, en las que pronunciará varias conferencias.

Llegará a América por Nueva York, y en el Spanish Institute de la ciudad de Hudson pronunciará una conferencia sobre el palacio de Liria, residencia madrileña de la familia de Alba. Las conferencias previstas en varias universidades versarán sobre la recuperación del exilio, la competencia entre la cultura francesa y la reciente primera edición de un texto de Walter Benjamin de 1926-27, el «Diario de Moscú», inédito, al parecer singularmente revelador, entre otras cosas, de la no militancia política del ensayista alemán.

Antonio Burgos, libelista

Con gran apoyo editorial presentó Planeta a los periodistas especializados el libro de Antonio Burgos «Libelo contra Madrid». Con tal motivo, el escritor y periodista sevillano tuvo ocasión de conversar con colegas madrileños, en una comida en la que el tema



de las periferias y el centralismo anduvieron ágiles sobre los manteles.

Torcuato Luca de Tena, en la cena del éxito

Esperemos que las «cenas del éxito» que Luis María Ansón viene celebrando en la agencia Efe alcancen más veces a los de las letras. La última fue para Torcuato Luca de Tena, por su novela «Los renglones torcidos de Dios». El lema de Ansón es que no haya discursos, pero sí coloquios, conversaciones que puedan mantenerse oídas por todos los asistentes en la mesa elíptica. Coloquio hubo, respondiendo el homenajea-



do con sinceridad y criterio a preguntas, y también a juicios, apreciaciones sobre su obra, escuchando atentamente tanto elogios como matizaciones críticas, polemizando también. Con él hicieron el gasto Pedro Sainz Rodríguez, José Miguel Ullán, Dámaso Santos, Lorenzo López Sancho, Gregorio Bartolomé, Luisa Santa María, José Manuel Lara... Dos académicos había asistiendo a su compañero: Emilio García Gómez (a quien nosotros felicitamos efusivamente por su último libro «El siglo XI en primera persona») y el citado don Pedro. Torcuato se despedía de todos —por un tiempo quizá también de la literatura de creación— para volver donde ha salido con éxito y esforzada dedicación; al periodismo como corresponsal en Méjico.